

RESEÑAS DE LIBROS

JEAN-JACQUES SERVAN-SCHREIBER, *Le défi américain*. Editions Denoël, París, 1967. 342 pp.

Lo mejor de este libro, al que se le ha hecho recientemente bastante publicidad, son los capítulos 21 a 24, en que Servan-Schreiber analiza el inmovilismo político y social de Francia, que contrasta con la *croissance économique* en boga. Su crítica de la izquierda francesa (cap. 21) es aguda; la que hace de la derecha (especialmente en el cap. 23), demolidora. En lugar de la izquierda sectaria, estrecha o utópica, se necesita una que “redescubra los valores tradicionales que han definido su vocación... para liberar una energía nueva...” (p. 224); en vez de quimeras, una obra que pueda realizarse; en dos palabras, hace falta una “izquierda moderna”, capaz de utilizar sus “inmensas reservas de progreso” y dinamizarse. Las derechas, a pesar de estar en el poder, no han aprovechado la expansión económica para ir a las raíces del subdesarrollo francés (p. 254); no han dejado cambiar las estructuras. Es más, “la izquierda y la derecha... se combinan negativamente en el ‘colbertismo’, centralizador y desconfiado de la administración francesa” (p. 275), que se interesa mucho en los medios pero poco en los objetivos. Hay excesiva centralización; se supone incompetencia en el asalariado, el pequeño empresario, el profesionalista. El sistema adolece de anquilosamiento. “La liberación de iniciativas [será] la operación política más decisiva” (p. 284). De lograrse el despertar de la izquierda, y de influir este proceso en el resto de Europa occidental, con vistas a una comunidad europea de tipo federal, hay esperanza de que, de aquí a 1980 o fines de siglo, Europa pueda convertirse en la “tercera civilización industrial” (p. 215), en lugar de la quinta, sexta o séptima (después de Estados Unidos, la URSS, Japón, Escandinavia, China), según el vaticinio de Herman Kahn, del Hudson Institute, que Schreiber cita en apoyo de muchas de sus tesis.

¿Por qué todo esto? El diagnóstico y la prescripción —lo único más o menos original que, a juicio del autor de esta nota, trae el libro— tienen validez por sí mismos. Francia, y con ella casi toda Europa, está necesitada de cambio social, de mejoramiento de la educación, de nuevos impulsos políticos; esta necesidad es más aguda a medida que van haciendo crisis los sistemas actuales y se aproxima el fin de la era gaulliana, y que tantos partidos viejos y tantos dirigentes y gobernantes ancianos van exhalando su último suspiro. A pesar del dinamismo aparente de la economía europea, el cuerpo social de Europa está cansado —tal vez necesite un transplante de corazón, tan de moda hoy. Pero tengo la impresión de que Servan-Schreiber, para dar más fuerza a su tesis, la acopla más dramáticamente de lo necesario a lo que él llama el “desafío norteamericano”. Éste consiste, en breve, no en la sola cuan

tía industrial y financiera norteamericana —de por sí muy grande— con su fuerte influencia en la economía y el poder europeos, sino en algo más grave: el predominio intelectual y práctico de los norteamericanos en la vida industrial y aun en muchos otros aspectos. La industria dinámica moderna —su gran escala, el empleo de computadoras, los resultados de la investigación científica y tecnológica— son en realidad el predominio del intelecto sobre la máquina y de la superorganización sobre los métodos anticuados. “La sociedad norteamericana invierte mucho más en la inteligencia humana de lo que desperdicia en artefactos (*gadgets*)...” (p. 271); mientras que en Francia, a pesar de su tradición cartesiana, se desprecian en realidad las ideas y su eficacia, y se desatiende la investigación. En Inglaterra, por fortuna, se presta mucha más atención a la investigación científica. Pero el panorama es relativamente mediocre en toda Europa. No hay manera de hacer frente al empuje de los Estados Unidos. Las industrias de base científica son las del futuro; Europa tendrá que resignarse a una posición débil. Europa ha creado un mercado, pero no una potencia (p. 116), y la Comunidad Económica Europea, tal como es, favorece de hecho la organización industrial norteamericana y se está entregando a las empresas estadounidenses.

Servan-Schreiber desea que Europa responda a este desafío, de varias maneras. Uno de los medios sería una integración industrial europea en grandes unidades, seleccionando 50 ó 100 empresas capaces de situarse en el primer rango tecnológico (p. 177), incluyendo desde luego a las inglesas, que sobresalen por su base científica y son grandes. “Inglaterra sería el *mejor aliado* [subrayado de Schreiber] posible en Francia, dentro del mercado común, para llevar a Europa a una vocación mundial” (p. 180). Así que es necesario ampliar la CEE, le agrade o no al gobierno francés. Otro instrumento sería efectuar grandes operaciones, a escala europea, en el terreno tecnológico y científico; no pretender todo, sino desarrollar especialidades, como en Francia la investigación espacial, la energía nuclear, la aviación supersónica y tal vez la industria electrónica (el autor está obsesionado con las computadoras). Para lograr todos estos objetivos, se necesita en Europa cierta dosis de poder federal en material de ciencia y tecnología, con decisiones por mayoría, y con base en alguna forma de sufragio universal; hay que crear nuevos métodos de asociación entre la industria, las universidades y el poder público; se requiere una educación más profunda y más extendida, con mayor acceso a la misma (sólo Francia ha hecho crecer muy rápidamente la educación en los últimos años, pero todavía así “no es aún suficiente para colocar [al país] al nivel requerido” (p. 86); y se deben establecer nuevas técnicas de organización que renueven las *élites* tanto públicas como privadas y que cambien las relaciones sociales.

Para ofrecer estas soluciones, de las que difícilmente, en términos generales, se podrá discrepar, Servan-Schreiber redacta previamente 168 páginas de tipo marcadamente periodístico —es decir, ligero y sin demasiada precisión en los datos— en que, aprovechando algunos estudios inéditos y otros que tuvo en sus manos, de ambos lados del Atlántico, presenta cifras sobre inversiones norteamericanas en el extranjero, educación, gastos en ciencia y tecnología, organización industrial, proyec-

ciones al año 2000, etc. Un capítulo entero reseña al ya de antemano fracasado proyecto *Concorde*, tan costoso para Francia e Inglaterra, tecnológicamente superado desde el comienzo por el futuro Boeing supersónico de los Estados Unidos; otro relata los esfuerzos frustrados de algunos países europeos por cooperar en investigación espacial y en comunicación por satélites —para terminar dependiendo de los Estados Unidos o la URSS—; y otro más cuenta la triste historia de las computadoras europeas *vs.* los sistemas IBM que emplean circuitos integrados.

Muy bien que se preconice una Europa integrada, tecnológicamente desarrollada, con gran industria pujante, para que sobreviva esa porción de la civilización en posición digna y capaz de colaborar en las tareas de paz y progreso y en especial con el mundo subdesarrollado. El desafío para Europa, sin embargo, no es sólo norteamericano, sino soviético, tal vez algún día chino y, desde un punto de vista negativo, del propio tercer mundo. Europa occidental, acosada por tecnología y organización ajenas, en su propio territorio y en el resto del mundo, debería reaccionar y sobreponerse a su relativa mediocridad. La batalla no se dará sólo en Europa, sino también en el tercer mundo. Y éste, algo espera de Europa. Pero esto ya no constituye parte de la tesis de Servan-Schreiber.

En verdad, las referencias a los problemas del mundo subdesarrollado en esta obra son escasísimas, no obstante las obvias ligas de Francia en particular, así como del resto de Europa, a las naciones africanas y otras. Servan-Schreiber se las arregla para aislar el fenómeno francés y europeo, pero invocando una influencia casi exclusivamente norteamericana como resorte que pudiera inducir un cambio social y político. Tal vez debiera haber abarcado un horizonte más amplio: la crisis crecientemente profunda del mundo subdesarrollado puede contribuir a la senectud de la todavía altiva Europa que no ha sabido cambiar suficientemente sus políticas comerciales, financieras y de cooperación técnica hacia ese mundo; o podrá incitarla a responder y a superarse.

La obra abunda en "frases". He aquí algunas, un poco al azar: "*Le point de non-retour est proche...*" (p. 294); "Estados Unidos saldrá de Vietnam, pero las inversiones norteamericanas no saldrán de Europa" (p. 292); "la *élite* dirigente de Europa se formará en Harvard, Stanford, Berkeley [!]. . . llegará seguramente a constituir una especie de oligarquía atlántica. . ." (p. 211); "la General Motors no es la Wehrmacht. . ." (p. 12); "el progreso es una batalla, como la vida es un combate" (p. 291); etc. Lástima que no sea fácil descifrarlas.

En suma, este libro encierra un llamado de atención importante, pero notoriamente incompleto; y para el gusto de algunos tal vez podría haberse escrito en no más de cien páginas. Será objeto de distintas interpretaciones; por ejemplo, en el *New Statesman* (diciembre 22, 1967, p. 873), un articulista inglés, escribiendo con cierto desdén humorístico acerca de la situación en Francia, atribuye a Servan-Schreiber como tesis principal la de que sólo con participación británica podrá la industria europea llegar a poder competir con el capital norteamericano —lo que no es precisamente el fondo de la cuestión; y en Estados Unidos, el libro parece haber sido mal recibido por considerarse "hostil" a ese país. Creo que los que más se deberían sentir molestos habrían de ser los

franceses que, con alarde de masoquismo, están comprando el libro a manos llenas; y en segundo lugar, los demás europeos occidentales. Desde nuestro modesto, y tal vez más mediocre aún, punto de vista latinoamericano —peligrosamente desintegrado— en el mundo subdesarrollado, el libro nos dice poco, o mejor dicho, nos deja con las preguntas en los labios. Como diría el héroe de *Supermachos*, Juan Calzontzin: "what?"

VÍCTOR L. URQUIDI,
de El Colegio de México

JORGE CASTAÑEDA, *Valor jurídico de las Resoluciones de las Naciones Unidas*. El Colegio de México, México, 1967. 203 pp. (Publicaciones del Centro de Estudios Internacionales III).

Los creadores de la Carta no consideraron a la ONU como instrumento de legislación internacional. En la Conferencia de San Francisco se rechazó una propuesta según la cual la Asamblea General tendría facultades para promulgar reglas obligatorias del Derecho Internacional. Asimismo, en la enumeración de las fuentes del Derecho Internacional contenida en el artículo 38 del Estatuto de la Corte Internacional de Justicia se advierte la ausencia de las decisiones de los órganos internacionales como categoría separada. Sin embargo, parecería difícil afirmar que el contenido de la norma jurídica internacional es hoy idéntico al que idearon los creadores de la Organización. En esta evolución natural, es evidente que las resoluciones de las Naciones Unidas han tenido una influencia definitiva.

Por ello, en el estudio de los Organismos Internacionales, un capítulo fundamental es el análisis de las manifestaciones externas de su actividad, esto es, de sus resoluciones. Como consecuencia, el valor jurídico que se atribuya a las mismas será determinante para establecer la base legal de las obligaciones en una comunidad internacional organizada. Sin embargo, debido a la carencia de uniformidad en el contenido legal de estos pronunciamientos, ha sido difícil hasta ahora formular una teoría general de las resoluciones internacionales, sobre todo en función a sus alcances obligatorios. La obra de Castañeda está orientada a resolver muchas de estas cuestiones. El problema presenta evidentes dificultades: "las causas por las que una resolución puede constituir algo más que una mera invitación, o algo distinto de ella, son sumamente variadas; a su vez, los efectos jurídicos de las resoluciones tampoco pueden ser reducidas a una o dos categorías simples" (p. 4). Por lo tanto, para conocer la eficacia vinculatoria de las resoluciones que no tienen carácter recomendatorio, es decir, de resoluciones emitidas con la intención de obligar a sus destinatarios, es necesario acudir a la práctica misma de los órganos de las Naciones Unidas.

Con un conocimiento profundo de la mecánica y funcionamiento de los Organismos Internacionales y un experto manejo del material documental de las Naciones Unidas, Castañeda contribuye sustancialmente a la sistematización y clasificación de aquellas resoluciones que no son